

embargo y tal vez por eso mismo se empezó a formar oposición. Algunos diarios llegaron a insinuar la inconveniencia de que en aquel momento yo atacara a los Estados Unidos. Como si los mismos yanquis no censuraran a menudo la mala política de sus gobiernos. El hecho es que en Puerto Berrio cierto sujeto intentó una verdadera emboscada. Llegó hasta ofrecerme una fiesta para aconsejarme en público que hablara de educación, pero no de cosas que pudieran comprometer a Colombia. Anteriormente y a manera de confianza el sujeto en cuestión me había denunciado la plática de un señor Ballesteros, hermano rotario, gran inspector de la orden. Según el relato, el hermano dijo de mí que yo era el primer maestro de México y que él como mexicano era mi discípulo, pero que lamentaba mi aventura de candidato porque siendo el pueblo de México analfabeta, no podía conocerme, no había leído mis obras. Naturalmente no se explicó el milagro por virtud del cual ese pueblo que yo he educado, desconocía mi nombre, pero en cambio había adivinado para votar por él, el nombre del oscuro sujeto que me burló la elección en compañía de banqueros y constabularios. Pero lo que viene al caso es la coincidencia del viaje mío y el viaje del rotario Ballesteros. Resultó que el delegado de los rotarios chicaguenses me iba precediendo y valido del rotarismo se ponía en contacto, precisamente con las gentes de filiación independiente que por razón natural yo vería después. Y todos repetían la versión textual de los banqueros, la versión oficial mexicana: Un pueblo analfabeta no podía haber votado por un intelectual. Y la historia de las elecciones aplastadas con sangre quedaba confusa en la opinión de nuestros hermanos del Sur. Las Agencias de noticias yanquis transmiten la versión que les conviene; los enviados gubernamentales no son generalmente de fiar, pero quién puede poner en duda la evidencia de un señor que comienza diciendo: yo no soy político, yo no vivo en México, yo vengo de Chicago, yo admiro a Vasconcelos, pero perdió la elección por el analfabetismo de los mexicanos. Tal es la fácil astucia del imperialismo que devora a México, tal ha sido la versión extranjera, la consigna protestante: Hablar del educador, pedir que hable de educación para que su verdad no alarme al Continente. Y como antifaz, el viajecito rotario. Me urge agregar que el público colombiano me salvó de todas las maquinaciones, me exigió que hablara mi verdad y me pagó para seguir mi viaje y para hacer esta Revista que define situaciones.

El relato que antecede muestra cómo los Rotarios se inmiscuyen cuando pueden en asuntos de política interior, en los países hispánicos. Probablemente los estatutos rotarios prohíben a sus organizaciones locales tratar de política, pero eso no quita que la matriz en Chicago dirija propagandas convenientes a los intereses norteamericanos en

## DR. HERDOCIA

Enfermedades de los ojos,  
oídos, nariz y garganta

Horas de oficina:  
10 a 12 de la mañana  
y de 2 a 5 de la tarde

Contiguo al Teatro Variedades

nuestras patrias. No serían buenos americanos si dejarán de hacerlo. Y sabemos que, ante todo, un rotario tiene que ser ciento por ciento norteamericano. Lo mismo que los protestantes, entonces, el rotario quiere o no, tiene que seguir las inspiraciones de la política general de penetración económica y moral en nuestros pueblos. Lo malo es que esta colaboración no se presta francamente, sino disimulándola con malos discursos, canciones y coros de mal gusto y vasos de agua helada en público, mientras, en secreto, se ha tomado ese veneno de peor gusto que es el cocktail. ¡El cocktail que con el whiskey and soda es hoy la bebida favorita de una generación descastada indigna de padres que bebían jerez, manzanilla, oporto, cognac, bebidas de señores!

Aparte, sin embargo, del mal gusto, de la intervención disimulada en política, hay otro aspecto que debiera llevarnos a condenar el rotarismo, como órgano de succión de dineros en beneficio del poderoso. En efecto, cada rotario tiene que contribuir según entendemos con la suma de cinco dólares que van a dar al fondo común en Chicago. Los socios rotarios sólo se reclutan en las filas de los ricos o de los que presumen de ricos. Así es que, se explota la vanidad, tomando como una insignificancia, los cinco dólares por cabeza. Además las correspondencias con el centro tienen que hacerse en papel con membrete que vende la matriz a precios de papel sellado. En resumen, se calcula que por éstos y otros arbitrios la matriz colecta de cuatro a cinco millones anuales. ¿En qué se emplean estos dineros? ¿Y con qué derecho un Continente pobre contribuye con estas sumas en beneficio de una institución que se supone enraizada en el imperio más rico de la tierra? A más de un liberal come curas le hemos oído protestar contra los dineros que los contribuyentes católicos mandan al Vaticano. Y es entre estos exaltados donde el rotarismo recluta sus prosélitos. Habría entonces que preguntar, ya que se trata de contribuir, qué es mejor, dar un poco de dinero a una institución latina que entre otras cosas creó la música y la llevo a perfección en Pallestrina, Monteverde, etc., etc., o dar dinero para que se coma jamón con agua y se canten coros bárbaros de ingenio grosero? ¿Estéticamente qué es mejor, la estampa de San Francisco o la reproducción de una Madona italiana, lo que dan los católicos a cambio de unas monedas de cobre, o el papel timbrado con la

rueda con dientes de los rotarios? Pero es inútil discutir con los obcecados. Lo importante es que los hombres de buena fé sepan que el Rotarismo hace política y naturalmente política yanquizante, y que, el rotarismo extrae dinero de la menguada economía de las patrias hispanoamericanas.

En cierta ciudad salvadoreña, los Rotarios acordaron suscribir fondos para la erección de un colegio. Los socios, salvadoreños todos contribuyeron liberalmente. Pero así que estuvo reunida la suma surgieron las dificultades: uno de los directores del Club, "influenciado" hasta la médula por el americanismo, propuso lo que es de rigor proponer: que para levantar el edificio se consultase a la matriz. En previsión del caso, Chicago tiene a mano unos planos—los planos de las escuelas rotarias. No sé si cobra los planos pero lo que sí es evidente es el despropósito de que un país con tradición de arquitectura colonial española, pida planos a Chicago, la ciudad de la más fea arquitectura del mundo. En suma para la obra de la escuela como para otras obras rotarias semejantes, Chicago no contribuye con un centavo, todo el dinero se suscribe entre los socios de cada Club local, pero Chicago estorba porque impone sus planos, su disciplina, su norma chabacana. Y tan seriamente estorba que la escuela de la ciudad en cuestión todavía no se construye porque alguno de los más gruesos contribuyente tuvo el patriotismo, el buen sentido y el buen gusto de decir, ¿para qué pedir planos que tal vez nos vendan caros, si tenemos arquitectos y tenemos arquitectura nacional? Eso bastó para que la escuela no se construyese por obra rotaria. Se construirá talvez más tarde, pero ya sin rotarismo, porque el salvadoreño es ante todo nacionalista inteligente y patriota.

En nuestro pobre México en cambio todos los diarios han hecho coro a los recientes Congresos Rotarios celebrados no sé si en Monterrey o Tampico. El temor de ser acusados de enemigos del régimen,—el régimen es devotamente rotario—hizo que los periodistas se extendieran en la crónica de las comidas con agua helada, que se sirvieron con profusión para acallar el hambre rotaria. Y la voz corre entre uno y otro pobre hombre: Conviene, hermano, ser rotario, porque así nos ayudan los americanos. No comprenden los inocentes que la liga mercantil implícita en el rotarismo tiene por objeto imponer la mercancía norteamericana con perjuicio de la europea y con perjuicio del consumidor hispanoamericano. La libre competencia no necesita de los discursitos ni de la fraternidad farisaica del rotarismo. Pero al menos los pobres diablos del espíritu son fáciles de engañar en todas partes, mas lo que no se explica y lo que causa sorpresa a los mismo yanquis es el fervor rotario de personas que no están en el comercio del menudeo, que no tienen ninguna necesidad de que les den al fiado la máquina de coser o la victrola y sin em-